

GUERRA Y PAZ

CARTA PASTORAL DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE EE.UU.

Dicen que el original tiene 150 páginas mecanografiadas. A nosotros nos ha llegado en 32 apretadas páginas impresas. Para el Consejo de Redacción de SIC resultaba difícil optar entre diversas alternativas: no publicarlo dada su extensión; publicar sólo la introducción y las conclusiones; hacer una síntesis inevitablemente subjetiva, y particularmente arriesgada de un documento tan cuidadosamente elaborado.

Nos hemos decidido por esto último. Hemos hecho lo posible por transmitir el espíritu y rescatar algo de la riqueza de su contenido. En un artículo publicado en este mismo número resaltamos asimismo lo que nos parece más novedoso en el documento. Mantenemos en las oficinas de la Revista el original inglés para quien quiera consultarlo.

Esperamos haber sido fieles a sus autores. (N. de la R.)

INTRODUCCION

"La universal familia humana ha llegado en su proceso de madurez a un momento de suprema crisis". Así comenzaba el Concilio Vaticano II su tratamiento de la guerra en la actualidad. La dinámica de la carrera de armamentos nucleares se ha intensificado desde entonces. La preocupación por la guerra nuclear es hoy casi tangible y visible. Como dijo Juan Pablo II en su discurso a las Naciones Unidas sobre el desarme: "Actualmente el miedo y la preocupación de tantos grupos en tantas partes del mundo revelan que la gente está muy asustada por lo que podría ocurrir si alguno desatara irresponsablemente la guerra nuclear".

Como Obispos y Pastores que servimos en una de las más grandes naciones nucleares, hemos encontrado este terror en las mentes y corazones de nuestra gente, y de hecho lo compartimos. Escribimos esta carta porque estamos de acuerdo en que el mundo está en un momento de crisis, cuyos efectos son evidentes en las vidas de la gente. No intentamos sin embargo aprovecharnos del miedo, sino decir unas palabras de esperanza y aliento en un tiempo de miedos. La fe no nos aísla de los retos de la vida; más bien intensifica nuestro deseo de ayudar a resolverlos precisamente a la luz de la buena noticia que nos ha llegado en la persona de Jesús, Señor de la historia. A partir de los recursos de nuestra fe queremos ofrecer esperanza y fuerza a todos los que buscan un mundo libre de la amenaza nuclear. La esperanza sostiene la propia capacidad de vivir en el peligro sin dejarse abrumar por él; la esperanza es la voluntad de luchar contra los obstáculos aun cuando parezcan insuperables. En último término nuestra esperanza se apoya en el Dios que nos da vida, sostiene el mundo por su poder y nos ha llamado a reverenciar la vida de cada persona y de todo el mundo.

La crisis de la que hablamos surge de este hecho: la existencia de nuestro planeta está amenazada por la guerra nuclear; ésta es una amenaza mayor que cualquier otra que el mundo haya conocido hasta ahora. No es tolerable ni necesario que los seres humanos vivan bajo esta amenaza. Pero el hacerla desaparecer requerirá un gran esfuerzo de inteligencia, valentía y fe. Como dijo el Papa Juan Pablo II en Hiroshima: "Desde ahora la humanidad sólo podrá sobrevivir por una elección consciente y una política deliberada".

Como norteamericanos, ciudadanos de la primera nación que produjo armas atómicas, que ha sido la única en usarlas, y que es hoy una de las pocas naciones capaces de influenciar decisivamente el curso de la era nuclear, tenemos una grave responsabilidad humana, moral y política para ver cómo se hace una 'elección consciente' que salve a la humanidad. Esta carta es por tanto una invitación y un reto para que los católicos de los Estados Unidos se unan a otras personas para formular las elecciones conscientes y políticas delibera-

das requeridas en este "momento de suprema crisis".

PAZ EN EL MUNDO ACTUAL: PERSPECTIVAS Y PRINCIPIOS RELIGIOSOS

(En la primera parte de la carta se comienza por considerar primero qué significado y qué obligatoriedad pueden tener para los católicos los principios enunciados en ella; y después qué sentido puede tener que los líderes religiosos de sólo una religión hablen a todo el país. Entresacamos algunas frases y párrafos).

El Documento que nos ofrece una profunda inspiración y guía es la Constitución Pastoral de la Iglesia en el Mundo Actual, del Concilio Vaticano II, ya que ésta se basa en principios morales y se refiere a la relación de la iglesia con el mundo respecto a los problemas más urgentes en la actualidad.

También en esta carta pastoral tocamos muchas cuestiones concretas referidas a la carrera de armamentos, la guerra contemporánea, sistemas defensivos y estrategias negociadoras. No pretendemos que nuestro tratamiento de cada uno de estos problemas tenga la misma autoridad moral que nuestra reafirmación de principios éticos universales y que la enseñanza oficial de la Iglesia. Más aún; dejamos claro ya desde el principio que no toda afirmación en esta carta tiene la misma autoridad moral. A veces reafirmamos principios morales que obligan a todos (p. ej. la inmunidad de los no-combatientes). Otras veces repetimos afirmaciones de los últimos Papas y enseñanzas del Vaticano II. Por fin, otras veces aplicamos los principios morales a casos específicos.

Cuando hacemos estas aplicaciones nos damos cuenta —y queremos que el lector se dé cuenta— que están implicados juicios prudenciales, basados en circunstancias específicas que pueden cambiar o que pueden ser interpretadas de manera diferente por personas de buena voluntad (p. ej. el tratamiento de 'no primer uso'). Sin embargo, aunque los juicios morales que hacemos en casos específicos no obliguen en conciencia a los católicos, deben ser seriamente considerados por ellos cuando examinen si sus juicios morales están de acuerdo con el evangelio...

El No. 43 de la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual reconoce que en algunas cuestiones sociales complejas la Iglesia espera que haya una cierta diversidad de pareceres aun entre quienes sostienen los mismos principios morales. La experiencia de preparar esta carta pastoral nos ha demostrado la variedad de opiniones fuertemente defendidas en la comunidad católica sobre las cuestiones de la guerra y la paz. Naturalmente que como Obispos creemos que tales diferencias se deben expresar sin salirse de la enseñanza moral católica. Urgimos al respeto mutuo entre los diferentes grupos eclesiales al analizar esta carta y

las cuestiones que trata. La Iglesia no sólo necesita convicción y compromiso, sino también buenas maneras y caridad.

La constitución pastoral nos invita a aplicar la luz del Evangelio a los "signos de los tiempos". Son tres los signos de los tiempos que nos han influido especialmente al escribir esta carta. El primero es, citando al Papa Juan Pablo II en las Naciones Unidas, que "el mundo quiere la paz, el mundo necesita la paz". El segundo es el juicio del Vaticano II sobre la carrera de armamentos: "La carrera de armamentos es la plaga más grave de la humanidad, y perjudica a los pobres de manera intolerable" (n. 81). El tercero es que los peligros y la dinámica particular de la carrera de armas nucleares presentan problemas cualitativamente nuevos que deben ser enfrentados por aplicaciones nuevas de los principios morales tradicionales. Queremos, a la luz de estas tres características, examinar la enseñanza católica sobre la guerra y la paz...

La enseñanza católica sobre la guerra y la paz ha tenido dos finalidades: ayudar a que los católicos formen sus conciencias y contribuir en el debate público sobre la moralidad de la guerra. Esta doble finalidad ha hecho que la enseñanza católica se dirija a dos públicos distintos pero mutuamente implicados. El primero son los fieles católicos, formados en las premisas del Evangelio y en los principios de la enseñanza moral católica. El segundo es la comunidad civil más amplia, un público más pluralista, nuestros hermanos y hermanas con quienes compartimos el nombre de cristianos, los judíos, musulmanes, otras comunidades religiosas y todas las personas de buena voluntad que influyen también en nuestra forma de gobierno. Ya que la enseñanza católica ha buscado tradicionalmente dirigirse a ambos públicos, también nosotros intentamos hablar a ambos en esta carta, reconociendo que los católicos son también miembros de la comunidad civil más amplia...

Un replanteamiento nuevo que incluya una teología desarrollada de la paz requerirá contribuciones de varios sectores de la vida eclesial: estudios bíblicos, teología moral y sistemática, eclesiología, y las experiencias y percepciones de miembros de la iglesia que hayan luchado de diversas maneras para construir y conservar la paz en este tiempo a menudo tan violento. Esta carta pastoral es más una invitación a continuar evaluando de manera nueva la guerra y la paz que una síntesis final de los resultados de esa evaluación. Tenemos algunas intuiciones sobre las características de una teología de la paz, pero no un tratado sistemático.

(Siguen unos cuantos párrafos en los que se desarrolla la concepción bíblica de la paz. Para ello hay que tener en cuenta tres datos previos: el término paz tiene diversos significados según las épocas y los contextos, responde a situaciones distintas de las nuestras, se refiere más a la actuación de Dios en la historia que a un tratado sistemático sobre los conceptos de guerra y paz.

Terminados los tiempos bíblicos "la iglesia escogió caminos diferentes hacia la realización del Reino de Dios en la historia". En los siguientes párrafos la carta pastoral desarrolla, sobre todo, la teoría tradicional de la moral católica sobre la legítima defensa y los criterios de una guerra justa. Todo ello ocupa una cuarta parte de la carta. Omitimos su traducción).

II

GUERRA Y PAZ EN EL MUNDO MODERNO: PROBLEMAS Y PRINCIPIOS

La tarea que tenemos por delante no es simplemente repetir lo que hemos dicho antes; hay, que considerar de nuevo si y cómo nuestra tradición religioso-moral puede percibir canalizar, contener y, esperamos, ayudar a eliminar la amenaza impuesta a toda la familia humana por los arsenales nucleares del mundo. El Papa Juan Pablo II captó la esencia del problema durante su peregrinación a Hiroshima: "Antes

era posible destruir un pueblo, una ciudad, una región, hasta un país. Ahora es todo el planeta el que está amenazado".

La observación del Santo Padre ilustra por qué el problema moral es también una cuestión religiosa profundamente significativa. En sólo los arsenales nucleares de los Estados Unidos o la Unión Soviética existe la capacidad de hacer algo que nunca antes se pudo imaginar. Podemos amenazar a todo el planeta. Para los creyentes esto significa leer el Libro del Génesis con una nueva conciencia; el problema moral de la guerra nuclear hace referencia al significado del pecado en sus dimensiones más gráficas. Cada pecado es una confrontación de la creatura con el Creador. Hoy el potencial destructivo de los poderes nucleares amenaza a la persona humana, a la civilización que lentamente hemos construido e incluso al orden creado.

Vivimos hoy, por tanto, en medio de un drama cósmico; poseemos un poder que nunca debe ser usado, pero que podría ser usado si no damos marcha atrás. Vivimos con las armas nucleares sabiendo que no podemos cometer ninguna equivocación...

Creemos que los líderes religiosos tienen una misión junto con los funcionarios públicos, analistas, organizaciones privadas y medios de comunicación para trazar los límites que nuestra política militar nunca debería traspasar ni de palabra ni de hecho.

Diseñar una salida moral en un complejo debate de política general supone varios pasos. Trataremos algunas cuestiones, ofreciendo nuestras reflexiones sobre ellas como una invitación a un diálogo moral público.

(En lo que sigue, que ocupa la mitad de la carta, los Obispos avanzan cautelosamente apoyando sus afirmaciones con argumentos, testimonios, preguntas abiertas. La premura de espacio nos obliga a ser muy selectivos en la traducción. Nos fijaremos más en las proposiciones que en los razonamientos que las apoyan. Para no entorpecer la lectura no señalaremos los cortes, pero éstos serán frecuentes. Avisamos al lector de una vez por todas).

EL USO DE ARMAS NUCLEARES

Sobre el complicado problema de la guerra nuclear 'limitada' se ha escrito y discutido mucho. Pero los organismos oficiales no sabrían cómo refutar la siguiente conclusión de un estudio hecho por la Academia Pontificia de Ciencias:

"Incluso un ataque nuclear dirigido sólo a instalaciones militares sería devastador para el conjunto del país. Esto se debe a que dichas instalaciones están dispersas más que concentradas en unos pocos lugares".

"Más aún, la difusión radioactiva mataría a gran número de gente y contaminaría extensas áreas. La capacidad médica de cualquier país sería inadecuada para cuidar a los sobrevivientes".

A la luz de estos principios vamos a tocar más explícitamente tres cuestiones.

a) Guerra contra poblaciones

Bajo ninguna circunstancia se pueden utilizar las armas nucleares o cualquier otro instrumento masacrante con el fin de destruir centros poblados u otros blancos predominantemente civiles.

Deben condenarse también las acciones retaliatorias, nucleares o convencionales, que acaban indiscriminadamente con muchas vidas de gente totalmente inocente. Esta condenación, a nuestro juicio, se aplica también a la retaliación contra ciudades enemigas después de que las nuestras hayan sido atacadas. Ningún cristiano puede obedecer órdenes o políticas deliberadamente dirigidas a matar no-combatientes.

b) Inicio de la guerra nuclear

No percibimos ninguna situación en la que el inicio

deliberado de la guerra nuclear en cualquier escala, por reducida que sea, pueda estar justificado moralmente. Los ataques no nucleares de otros Estados deben ser resistidos por medios no nucleares.

Desde hace tiempo la política de los Estados Unidos y de la OTAN ha sido que las armas nucleares, especialmente las llamadas tácticas, serían usadas si las fuerzas de la OTAN en Europa se vieran en peligro de perder una guerra que se hubiera limitado hasta entonces a las armas convencionales. Tales armas, si se emplearan en gran número, devastarían totalmente a los países densamente poblados de Europa. Las posibilidades de mantener un uso limitado de estas armas parecen remotas, y las consecuencias de la escalada hasta la destrucción masiva serían horribles.

Reconocemos la responsabilidad que los Estados Unidos han tenido y continúan teniendo en ayudar a los países aliados en su defensa. Especialmente en Europa el impedir un ataque nuclear puede requerir la presencia de armas nucleares por un tiempo, aunque su posesión y despliegue deban estar sujetos a restricciones estrictas. Sin embargo urgimos a la OTAN a que se encamine rápidamente hacia la adopción de una política de 'no-primer uso', desarrollando al mismo tiempo alternativas de defensa adecuadas.

c) Guerra nuclear limitada

Sería posible estar de acuerdo con nuestras dos primeras conclusiones y todavía no estar seguro acerca del uso retaliatorio de armas nucleares en lo que se llama 'intercambio limitado'.

Uno de los criterios de la tradición sobre la guerra justa es una razonable esperanza de éxito en lograr la justicia y la paz. Debemos preguntarnos si existe tal esperanza una vez que se hayan utilizado armas nucleares por una y otra parte. La responsabilidad de probarlo cae sobre los hombros de quienes afirman que es posible una limitación significativa en el uso de estas armas.

DISUASION EN TEORIA Y EN LA PRACTICA

En la era nuclear la disuasión se ha convertido en la pieza clave de las políticas tanto de los Estados Unidos como de la Unión Soviética. Ambas superpotencias han sido capaces por muchos años de prometer una respuesta retaliatoria que puede infligir daños inaceptables. La situación de disuasión estable depende de la habilidad de cada parte para desplegar sus fuerzas retaliatorias de forma que no estén expuestas a un ataque (es decir, protegidas contra un "primer golpe").

El Vaticano II expuso concisamente las paradojas políticas y morales de la disuasión: "Sea lo que fuere de este sistema de disuasión, convézanse los hombres de que la carrera de armamentos no es camino seguro para conservar firmemente la paz, y que el llamado equilibrio que de ella proviene no es la paz segura y auténtica. De ahí que no sólo no se eliminan las causas del conflicto, sino que más bien se corre el riesgo de agravarlas poco a poco. Al gastar inmensas cantidades en tener siempre a punto nuevas armas, no se pueden remediar suficientemente tantas miserias del mundo entero. En vez de restañar verdadera y radicalmente las disensiones entre las naciones, otras zonas del mundo quedan afectadas por ellas. Hay que elegir nuevas rutas, que partan de una renovación de la mentalidad, para eliminar este escándalo y poder restablecer la verdadera paz" (GS 81). El Papa Juan Pablo II juzga que la disuasión puede todavía ser considerada como moralmente aceptable "ciertamente no como un fin en sí mismo sino como un paso hacia un progresivo desarme" (Segunda Sesión Especial de las Naciones Unidas sobre Desarme, junio 1982).

Aunque reconocemos la necesidad de disuasión, no todas las formas de disuasión son aceptables moralmente. Concretamente, no es aceptable moralmente que se intente matar a gente inocente como parte de una estrategia de disuasión de

la guerra nuclear. Una de nuestras actuales preocupaciones ha sido la cuestión de si la política de los Estados Unidos tiene la intención de golpear a centros civiles (apuntando directamente a poblaciones civiles). Esta compleja cuestión ha provocado siempre respuestas diversas. La Conferencia Episcopal de los Estados Unidos ha recibido una serie de clarificaciones de funcionarios públicos. En lo esencial declaran que no es política estratégica de los Estados Unidos apuntar a poblaciones civiles soviéticas propiamente dichas o el usar armas nucleares deliberadamente con el fin de destruir centros poblados.

Estas aclaraciones no resuelven todavía otro problema moral preocupante, a saber, si un ataque sobre objetivos militares no implicará "indirectamente" (es decir, inintencionalmente) un gran número de víctimas civiles. Sabemos, por ejemplo, que Estados Unidos ha identificado sesenta blancos "militares" sólo en Moscú, y cuarenta mil en toda la Unión Soviética. Es importante reconocer que la Unión Soviética está también sujeta al mismo juicio moral. Este problema se agrava si una de las partes coloca deliberadamente sus objetivos militares en medio de una población civil.

En nuestras consultas, los funcionarios administrativos están dispuestos a admitir que una vez que se utilizaran armas nucleares en cantidades sustanciales, los niveles de víctimas civiles subirían pronto catastróficamente, y aun atacando sólo a objetivos militares el número de muertos sería casi igual que si se hubiera atacado directamente a los centros civiles. A nuestro juicio un ataque así, aunque no sea intencionalmente indiscriminado es moralmente desproporcionado.

Queremos hacer por tanto algunas evaluaciones específicas:

1. Si la disuasión nuclear existe sólo para evitar que otros usen sus armas nucleares, entonces no es aceptable ir más allá y planificar períodos prolongados de repetidos golpes y contragolpes nucleares.

2. La "suficiencia" es una estrategia adecuada para disuadir; debemos rechazar la búsqueda de superioridad.

3. La disuasión debe ser un paso hacia el desarme progresivo.

(Esta parte y la siguiente donde se discuten las posibilidades y realidades de la política nuclear de los Estados Unidos son las más técnicas. Hay numerosos matices y referencias difíciles de comprender por quienes no sean muy versados en cuestiones de armamento ni dominen las diferencias entre las diversas propuestas que se barajan en las conversaciones bilaterales sobre el desarme. Nuestra traducción es, aquí más que en ninguna otra parte, muy simplificada).

III

LA PROMOCION DE LA PAZ: PROPUESTAS Y POLITICAS

En un mundo que no es todavía la plenitud del Reino de Dios, un mundo donde tanto las acciones personales como las fuerzas sociales manifiestan la influencia continua del pecado y el desorden en medio de nosotros, hay que otorgar una atención especial a la prevención y limitación de la violencia de la guerra. Pero esta tarea, abordada por extenso en la sección anterior de esta carta, no agota la enseñanza católica sobre la guerra y la paz. Un tema complementario es el de la construcción de la paz como una manera de prevenir la guerra.

PASOS ESPECIFICOS PARA REDUCIR EL PELIGRO DE LA GUERRA

Un efectivo control de las armas que conduzca a un desarme mutuo, la ratificación de los tratados pendientes, el desarrollo de alternativas no violentas son algunas de las recomendaciones que hacemos a la comunidad católica y a todas las personas de buena voluntad. Esto debería formar parte de una política exterior que reconozca y respete la exigen-

cia de los ciudadanos de los demás países de poseer los mismos derechos inalienables que nosotros conservamos. La verdad de que todo el mundo está habitado por una única familia en la que todos tenemos las mismas necesidades básicas y todos tienen derecho a los bienes de la tierra, es un principio fundamental de la enseñanza católica que creemos cada vez más importante.

a) Control y reducción de armas y desarme

Aunque no abogamos por una política de desarme unilateral, creemos que la urgente necesidad de controlar la carrera armamentista requiere la disponibilidad de cada parte para dar algunos primeros pasos. No será suficiente llegar a acuerdos sobre control de armamentos sin esfuerzos complementarios persistentes para reducir las tensiones políticas que motivan la escalada armamentista.

b) Insistencia continua en esfuerzos por minimizar los costos de cualquier guerra

Urgimos para que las prohibiciones que declaran fuera de la ley la producción y el uso de armas biológicas y químicas se reafirmen y sean observadas. Es importante en la era de las guerras modernas reconocer que las razones que justifican el uso de la fuerza están restringidas a casos de defensa propia o de defensa de otros que están siendo atacados.

c) Esfuerzos por desarrollar medios no violentos de resolver los conflictos

Hay que desarrollar y ejercer plenamente los medios diplomáticos, las negociaciones y los acuerdos para defender lo que haya que defender. Los medios no violentos de resistencia al mal merecen mucho más estudio y consideración de la que han recibido hasta ahora. Hay ejemplos significativos en los que los pueblos han resistido con éxito a la opresión sin recurrir a las armas. La no-violencia no es el camino de los débiles o los cobardes. Tales movimientos rara vez alcanzan los titulares de los periódicos aunque hayan dejado su marca en la historia. Son ejemplos inspiradores de la historia de la no-violencia los heroicos daneses que no quisieron entregar los judíos a los nazis, y los noruegos que no quisieron enseñar propaganda nazi en las escuelas. Los escritores de espiritualidad han ayudado a buscar las raíces de la teoría de la no-violencia en la Escritura y la Tradición y han ilustrado su práctica y su éxito en los estudios sobre los padres de la iglesia y la era de los mártires. La misma enseñanza y ejemplo de Cristo nos ofrecen un tipo de vida modélico que une el apego a la verdad con el rechazo a devolver mal por mal.

LOS SUPERPODERES EN UN MUNDO EN DESORDEN

Los norteamericanos no tenemos por qué hacernos ilusiones sobre el sistema soviético de represión y su falta de respeto por los derechos humanos. Pero tampoco nuestro propio sistema, a decir verdad, está sin defectos. Nuestro gobierno ha apoyado a veces gobiernos represivos en nombre de la libertad, ha llevado adelante operaciones encubiertas repulsivas y continúa imperfecto en asegurar iguales derechos para todos dentro de casa. Al mismo tiempo hay una diferencia. La OTAN es una alianza de países democráticos que han elegido asociarse libremente; el Pacto de Varsovia no lo es.

Pretender que como nación hemos cumplido con todos nuestros ideales sería claramente deshonesto. Pretender que todos los males del mundo hayan sido o estén siendo perpetrados por regímenes dictatoriales sería deshonesto y absurdo. Pero habiendo dicho esto, y después de admitir nuestras propias faltas, es imperativo que confrontemos la realidad. Los hechos simplemente no justifican la odiosa comparación hecha a veces aun en nuestra propia sociedad entre nuestro modo de vida, en el que la mayor parte de los derechos humanos básicos son al menos reconocidos aunque no siempre adecuadamente defendidos, y los regímenes tiránicos y tota-

litarios en los que tales derechos son o negados o suprimidos sistemáticamente. Sin embargo, en tanto en cuanto esto pueda ser verdad, eso hace aún más importante la promoción de los derechos humanos en nuestra política externa e interna. Esa es la prueba de fuego de nuestro compromiso por nuestros valores democráticos. Según esto, cualquier intento de justificar, por razones de Estado, el apoyo a regímenes que continúan violando los derechos humanos es aún más reprehensible por su hipocresía.

Una gloria de los Estados Unidos es la amplitud en la libertad política que su sistema nos permite. Nosotros como obispos, como católicos, como ciudadanos, ejercemos este derecho al escribir esta carta, con su parte de crítica a nuestro gobierno. Tenemos verdadera libertad de religión, de palabra y de prensa. No podríamos ejercer las mismas libertades en Europa Oriental o en la Unión Soviética...

Reconociendo todas las diferencias entre las dos filosofías y los dos sistemas políticos la verdad innegable es que existen intereses mutuos reales entre las dos superpotencias. La convicción de muchos observadores europeos de que un 'modus vivendi' (a menudo abreviado como 'detente') es posible en la práctica en áreas políticas, económicas y científicas no debería ser rechazada ligeramente en nuestro país. La exigencia diplomática de llevar adelante las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética no es un idealismo romántico sobre las intenciones o capacidades de los soviéticos, sino un sólido realismo que reconoce que en una guerra nuclear perderían ambas partes.

INTERDEPENDENCIA

Mientras que la carrera de armas nucleares se concentra en las relaciones de los Estados Unidos y la Unión Soviética, no es acertado políticamente ni está justificado moralmente ignorar el contexto más amplio en el que existe dicha relación. La atención pública olvida con frecuencia la suerte de millones de personas que están tratando simplemente de sobrevivir. Por importante que sea conservar la paz en una era nuclear esto no resuelve otros problemas importantes de la actualidad. Entre éstos el más urgente es la constante brecha que existe en el nivel de vida entre el mundo desarrollado (Este y Oeste) y el subdesarrollado.

La competencia entre Este y Oeste, por central que pueda ser para el orden mundial, no tiene en cuenta esta cuestión moral, tan importante por su significado humano como el problema nuclear. Aunque el problema de las naciones en desarrollo merece una carta pastoral por sí mismo, la enseñanza católica ha mantenido un análisis que queremos recordar aquí. Este análisis reconoce causas internas de la pobreza, pero se concentra también en la forma en que las estructuras económicas más amplias afectan a las naciones pobres. Particularmente en cuestiones de comercio, inversiones y políticas de ayuda.

En nuestra experiencia como obispos, creemos que hay en los norteamericanos una capacidad de respuesta mucho mayor de la que con frecuencia se ha reflejado en la política de los Estados Unidos. Es necesario extender nuestro sentido de caridad y ayuda internacional a la necesidad de justicia social en cuestiones de comercio, ayuda y problemas monetarios... Si no damos marcha atrás a la carrera de armamentos, no estarán disponibles los recursos para resolver las necesidades humanas tan evidentes en tantas partes del mundo e incluso en nuestro propio país.

(En la última parte, que trata del RETO PASTORAL Y SU RESPUESTA, la Carta avanza algunas propuestas sobre programas educacionales de formación de la conciencia, y se dirige, como en un mensaje, a diversos sectores de la comunidad creyente: a los sacerdotes, diáconos, religiosos, encargados de diversos ministerios, a los educadores, padres, jóvenes, personas que están en servicio militar, trabajan en industrias de armamentos, en el campo de las ciencias, los medios de

comunicación y la política. Finalmente se elaboran unas CONCLUSIONES cuyo texto traducimos íntegramente).

CONCLUSIONES

Al cerrar esta larga carta, vamos a tratar de responder dos preguntas tan directamente como podamos.

¿Por qué tratamos estas cuestiones tan complejas y controvertidas y que despiertan tanto apasionamiento? Hablamos como pastores, no como políticos. Somos maestros, no técnicos. No podemos pasar por alto nuestra responsabilidad en resaltar la dimensión moral de las opciones que enfrenta nuestro mundo y nuestra nación. La era nuclear es un período de peligro moral tanto como físico. Somos la primera generación desde el Génesis con el poder de destruir virtualmente la creación de Dios. No podemos guardar silencio frente a tal peligro. ¿Por qué tratamos estas cuestiones? Estamos intentando simplemente ser fieles a la llamada de Jesús a ser constructores de la paz en nuestro propio tiempo y situación.

¿Qué estamos diciendo? Fundamentalmente estamos diciendo que las decisiones sobre armas nucleares son uno de los problemas morales más urgentes de nuestro tiempo. Estas decisiones a la vez que presentan aspectos militares y políticos evidentes implican opciones morales fundamentales. En pocas palabras, estamos diciendo que los buenos fines (defender nuestro país, proteger la libertad etc.) no pueden justificar medios inmorales (empleo de armas que matan indiscriminadamente y amenazan sociedades enteras). Tememos que nuestro mundo y nuestra nación estén caminando en una dirección equivocada. Cada día se producen más armas con un mayor poder destructivo. Cada vez hay más naciones que buscan convertirse en potencias nucleares. Tememos que en nuestra búsqueda por una mayor seguridad estemos de hecho cada vez menos seguros.

En palabras de nuestro Santo Padre, necesitamos una "media-vuelta moral". El mundo entero debe reunir el coraje moral y los medios técnicos para decir no al conflicto nuclear; y no a las armas de destrucción masiva; no a la carrera armamentista que roba al pobre y al vulnerable; y no al peligro moral de una era nuclear que presenta a la humanidad alternativas indefendibles de terror constante o rendición. Ser constructores de la paz no es un compromiso opcional. Es un requisito de nuestra fe. Estamos llamados a ser constructores de la paz no por algún movimiento de nuestros días sino por nuestro Señor Jesús. El contenido y el contexto de nuestra construcción de la paz no están regulados por algún orden-del-día político o programa ideológico, sino por la enseñanza de su Iglesia.

Hasta ahora en esta carta hemos hecho sugerencias que esperamos ayuden en la actual crisis mundial. Mirando adelante hacia un largo y fructífero futuro de la humanidad que todos esperamos, sentimos que se necesita una solución más total y definitiva. Hablamos aquí de una autoridad internacional realmente efectiva, por la que el Papa Juan XXIII suspiró ardientemente en la "Paz en la tierra", y de la que el Papa Pablo VI habló en su visita de 1965 a las Naciones Unidas. La esperanza de una tal estructura no es irreal, porque hemos llegado a un punto en el que la opinión pública ve claramente que, con el armamento masivo que existe actualmente, ya la guerra no es viable. Existe un sustituto de la guerra. Se darían negociaciones bajo la supervisión de un cuerpo global diseñado con realismo para cumplir su trabajo. Es preciso equiparlo para que vigile constantemente sobre toda la tierra. La tecnología actual hace esto posible. Debe tener autoridad, otorgada libremente por todas las naciones, para investigar lo que parezcan preparativos de guerra por cualquiera de ellas. Debe tener el poder para imponer sus órdenes sobre cualquier nación. Debe estar constituido de manera que no amenace la soberanía de ningún país. Obviamente la creación de un instrumento tan sofisticado supone una tarea gigantesca, pero

¿es mucho esperar el creer que el genio de la humanidad, ayudado por la gracia y la luz de Dios, puede lograrlo? Crearlo puede tomar décadas de trabajo incesante a las mentes más lúcidas y a los corazones más entregados, pero nunca llegará a existir si no comenzamos ya.

Al terminar esta carta pastoral proponemos abiertamente el comienzo de esta tarea. El mal producido por la proliferación de armas nucleares es cada día más evidente para todos. Nadie está libre de ese peligro. Si fuera fácil librar al mundo de las armas de guerra toda la humanidad lo haría con gusto mañana mismo. ¿Nos echaremos atrás porque es difícil?

Nos dirigimos a nuestro propio gobierno y le pedimos que proponga a las Naciones Unidas comenzar este trabajo de inmediato; que cree un cuerpo especial internacional para la paz; que este cuerpo especial, con libre posibilidad de que cualquier país forme parte de él, se reúna diariamente por tiempo indefinido con una sola agenda: la creación de un mundo que un día se encuentre libre de la guerra. Libre de la esclavitud de la guerra que le tiene cautivo con su amenaza, el mundo tendrá por fin la posibilidad de enfrentar sus problemas y lograr un progreso genuino de manera que cada día haya más libertad, más alimentos y más oportunidades para todo ser humano que ocupa la faz de la tierra.

Tengamos el coraje de creer en un futuro de luz y en un Dios que lo desea para nosotros; no un mundo perfecto, pero al menos uno mejor que el actual. El mundo perfecto en el que creemos los cristianos está más allá del horizonte, en una eternidad sin fin donde Dios será todo en todos. Pero toca a las manos; mentes y corazones de los hombres construir aquí un mundo mejor.

Para la comunidad cristiana Cristo resucitado es principio y fin de todas las cosas. Ya que todas las cosas han sido creadas por El y van a regresar al Padre a través de El.

Es la fe en Cristo resucitado la que nos sostiene al enfrentarnos al reto aterrador de la carrera de armas nucleares. Presente en el principio como palabra del Padre, presente en la historia como palabra encarnada, y presente hoy entre nosotros en su palabra, sus sacramentos y su Espíritu, él es la razón de nuestra fe y nuestra esperanza. Al respetar nuestra libertad no resuelve nuestros problemas, pero nos sostiene mientras nos hacemos responsables de su creación y tratamos de encauzarla por los caminos del reino. Creemos que su gracia nunca nos faltará. Ofrecemos esta carta a la Iglesia y a todos los que puedan sacar de ella fuerza y conocimiento, convencidos de que tampoco le podemos fallar a El. Debemos subordinar el poder de la era nuclear al control de los hombres y encaminarlo para su propio provecho. Al hacer esto somos conscientes del trabajo continuo de Dios entre nosotros, que un día resultará en el espléndido reino definitivo profetizado por el vidente del libro del Apocalipsis:

"Vi entonces un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido y el mar ya no existía.

Y vi bajar del cielo, de junto a Dios, a la ciudad santa, la nueva Jerusalén, ataviada como una novia que se adorna para su esposo. Y oí una voz potente que decía desde el trono:

— Esta es la morada de Dios con los hombres; él habitará con ellos y ellos serán su pueblo; Dios en persona estará con ellos y será su Dios. El enjugará las lágrimas de sus ojos, ya no habrá muerte ni luto ni llanto ni dolor, pues lo de antes ha pasado.

Y el que estaba sentado en el trono dijo:

— Todo lo hago nuevo" (21,1-5).